

SILLÓN DE OREJAS

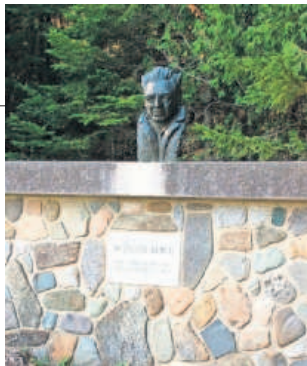
Residentes perpetuos

Por **Manuel Rodríguez Rivero**

1. Necrofilias

Llámenme necrófilo, pero algunas de las fotos que más aprecio son las que me hicieron ante la tumba de personajes que admiro o he admirado. Igual que pasa con las segundas filas de las estanterías de una biblioteca personal, las fotos de tumbas visitadas denuncian distintas fases y entusiasmos de la sensibilidad de cada cual. Tengo, por ejemplo, una imagen con Vila-Matas muy cerca de la tumba de Kafka, en el Nuevo Cementerio Judío de Praga,

tomada un día muy soleado y en presencia de Mercedes Monmany, cuando todos nos queríamos. Tengo, por supuesto, fotos ante la tumba de los Faulkner, en el Oxford Memorial Cemetery (Oxford, Misisipi), o ante los enterramientos, sepulturas o cenotafios (los hay de todo tipo, como los hoteles) de Daniel Defoe (Bunhill Fields, Londres), Sigmund Freud, Bram Stoker o Kathleen Ferrier (Golders Green, Londres), Lu Xun (cementerio de Wanguo, Shanghái), Wilhelm Reich en el bosque que rodea a su casa-fortaleza de Organon (Rangeley, Maine), de Dorothy Parker, Herman Melville o Miles Davis en el cementerio de Woodlawn (The Bronx, Nueva York), de Enrique Santos Discépolo (La Chacarita, Buenos Aires), Victoria Ocampo, Bioy Casares o Macedonio Fernández (La Recoleta, Buenos Aires), de Cortázar, Beauvoir y Sartre, Proudhon o Baudelaire en el cementerio de Montparnasse, de Proust, Apollinaire, Balzac o Abelardo y Eloísa en el laberíntico Père Lachai-



Tumba de Wilhelm Reich, en Rangeley (Maine, EE UU). M. R. R.

se, del que nunca me voy sin rendir homenaje al Muro de los Federados que recuerda a los 147 fusilados de la Comuna de 1871, de la que este año se conmemora el 150º aniversario (véase, por ejemplo, la recopilación, coordinada por Miguel Urbán y Jaime Pastor, *¡Viva la Comuna!*, en la que también colaboran, entre otros rojos conspicuos, Daniel Bensaïd y Michael Löwy; editorial Bellaterra). Total: que nunca me voy de una ciudad sin visitar sus cementerios, esos lugares general-

mente tranquilos y agradables (y no lo digo por Père Lachaise, tan bien descrito por Balzac en *Ferragus*, *jefe de los Devorantes*, editorial Minúscula, o por Flaubert en *La educación sentimental*, múltiples ediciones) en los que residen permanentemente, y se avecinan disparatadamente, entre obeliscos, aparatosas estatuas de ángeles de la muerte, urnas y esferas pétreas, criptas lovecraftianas, fuentes de las que solo mana el polvo, epitafios grabados a cincel, y vegetaciones con aroma a muerte, gentes cuyas obras

El País - Babelia 12/06/21

me dejaron huella. Mi pasión por los cementerios me ha llevado a visitar incluso algunos falsos, como el ajetreado cementerio de Sad Hill donde tiene lugar la última escena (escalofriante música de Morricone) de *El bueno, el feo y el malo* (1966), del gran Sergio Leone: en realidad, el camposanto estaba en Santo Domingo de Silos y sus tumbas fueron plantadas en una sola noche por el ejército de Franco. Todo lo anterior me lo ha evocado la lectura reciente de la reedición, convenientemente aumentada, de *Alguien camina sobre tu tumba* (Anagrama), de Mariana Enriquez, un conjunto de crónicas por 24 cementerios dispersos por el mundo, repletas de humor (no siempre negro) a cargo de una de las narradoras latinoamericanas imprescindibles y con la que comparto la fascinación por las necrópolis y sus habitantes (en el sentido que se da a los que pueblan la Comala de Rulfo). Un *travelogue* muy apropiado para turistas de nuestro *Zeitgeist*.
